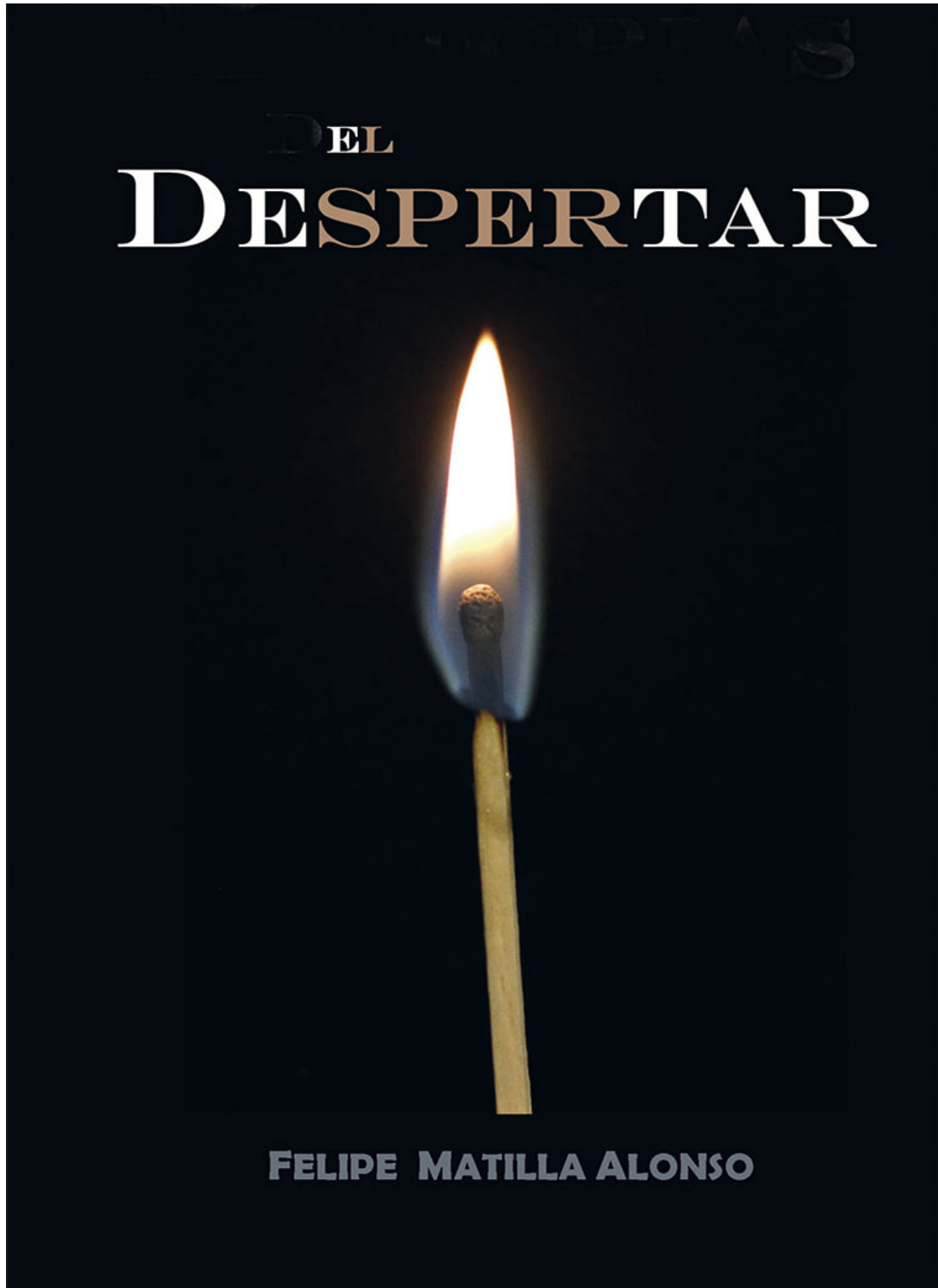


El despertar

Felipe Matilla



Capítulo 1

1.

El hombre observaba con ansiedad al médico según repasaba un informe sentado al otro lado de la mesa de la consulta. Sentimiento que se convirtió en pánico al apreciar que en su rostro se dibujaba la expresión de que algo no cuadraba.

—Debe tener usted un cuerpo bien fuerte —dijo el galeno sin apartar la vista del papel—. Le hemos dado siete ciclos, particularmente fuertes, y la tolerancia ha sido muy buena. ¿Siente bien los dedos de las manos?

El paciente las levantó y se restregó los dedos contra las palmas.

—Sí —dijo—. Bien. Las siento bien.

El médico hizo un ligero gesto de extrañeza.

—Bien —continuó—. Le vamos a dar varios ciclos más.

Cuando el paciente, que era el último, cerró la puerta al salir, el doctor Diego Herráez se recostó sobre su sillón, cruzó los brazos y se presionó ligeramente con los dedos sobre los párpados.

Cuando comenzó a prestar sus servicios como médico oncólogo en el hospital era un hombre pletórico de energía y entusiasmo. Sus ojos brillaban con la ilusión del joven que al terminar la carrera ve ante sí un camino lleno de logros y prestaciones a la comunidad haciendo lo que ama. Ahora, once años después, su rostro, que fue de suaves facciones, se había hecho más anguloso, y en las comisuras de los labios le habían surgido unas líneas verticales que le daban un aire sombrío.

Se apoyó con pesadez en los brazos del sillón y se levantó. Aunque el paso del tiempo había combado sus hombros hacia adelante, aún se veía un hombre alto y apuesto. Guardó el bolígrafo en el bolsillo superior de su inmaculada bata y, tras despedirse de la enfermera, salió de la consulta. Los ascensores estaban cerca y fue hacia ellos caminando con las manos en los bolsillos y la cabeza baja.

Poco después estaba cuatro pisos más arriba y fue directo hacia una habitación. Abrió la puerta con cuidado y entró. La luz era escasa, ya que la persiana de la ventana estaba casi bajada del todo, pero en la penumbra pudo distinguir la figura de la enfermera, que dejaba a un lado una revista y se levantaba del sillón que estaba junto a la cama.

El doctor Herráez movió los labios en un saludo que apenas se atrevió a asomar por ellos y se acercó a la cabecera del lecho.

Sobre él, tendido de costado, dormía un niño. Su tez pálida y la ausencia de pelo en la cabeza hacían recordar a un muñeco de porcelana.

Nueve años atrás, Herráez y su mujer habían recibido con gran entusiasmo la noticia de que su prolongado deseo de ser padres se iba a hacer una realidad, por lo que habían comenzado a dedicar buena parte de su tiempo a preparar cosas para el futuro hijo. Llegado el momento y la mujer fue trasladada al hospital, la labor de dar a luz se complicó de tal manera que, en un principio, se temió por la vida de ambos. Al final, el bebé pudo arribar en este mundo sin mayores complicaciones, debiendo abandonarlo su madre con todas.

Los dos días que precedieron al entierro, Herráez los pasó junto a ella y, la última noche, de forma solemne, le prometió que él se encargaría de llevar a cabo los planes que, juntos, habían pensado para su hijo.

Diego Herráez lo observó según dormía. Disfrutaba verlo así, respirando con placidez y en ausencia de cualquier dolor o sufrimiento tras haber pasado por un infierno en el que había sido intervenido, en dos ocasiones, debido a un tumor en el cerebro.

Giró la cabeza hacia un lado, hacia la botella invertida de la que caían unas gotas de forma rítmica y silenciosa. Hizo un pequeño gesto a la enfermera y ambos fueron hacia la puerta de salida.

—¿Qué tal? —preguntó el médico en un susurro—. ¿Cuánto tiempo lleva durmiendo?

—Una hora y media o así.

—¿La ha tolerado bien hoy?

—Bueno... Ha vomitado dos veces y se ha quejado de los dedos, pero ha estado mejor que ayer.

Herráez bajó un poco la cabeza, como sopesando lo que acababa de oír.

—Bien —dijo luego—. Muchas gracias.

Intercambiaron una sonrisa y Herráez salió al pasillo.

2.

En el pequeño letrero que había sobre la mesa del despacho rezaba: «Dr. Bruno Gago. Director médico». El hombre que estaba tras él rondaría los

sesenta. Su poblada barba en blanco y negro, junto al hecho de tener solo pelo en las sienes, producían la impresión de que tuviera la cabeza invertida.

—Bien —dijo con voz grave—. Estamos de acuerdo.

Sentado frente a él, otro hombre, vestido con traje recién estrenado y un maletín de color negro sobre las rodillas, lucía una sonrisa que le atravesaba la cara.

—Doctor Gago —dijo—; ya sabe que puede confiar en nosotros.

Bruno Gago sonrió también.

—Gracias.

En ese momento, sonaron unos golpecitos en la puerta.

—¿Se puede? —El doctor Herráez se asomó por ella.

—¡Un momento, Diego! ¡Ya terminamos! —dijo Gago girando la cabeza.

El hombre del traje recién estrenado se puso en pie.

—Bueno, doctor Gago —dijo extendiendo una mano—, no le entretengo más.

El médico también se puso en pie y se la estrechó.

—Siempre es un placer verle —continuó el del maletín.

—Lo mismo le digo. Adiós.

El hombre se volvió hacia la puerta y, al hacerlo, su traje, de terso y nuevo, se pudo escuchar.

Herráez, que esperaba fuera, lo vio salir y se quedó unos instantes observándolo según se alejaba llenando con su amplia corpulencia casi todo el ancho del pasillo. Luego, entró en el despacho.

—¡Diego! ¡Adelante! —dijo Gago a la vez que se sentaba.

Herráez se acercó a la mesa.

—Ese tipo que salió no tenía pintas de ser el buen samaritano —dijo, y se sentó en el sillón que había ocupado.

—Ya sabes —dijo Gago—. La industria.

—La industria, ya.

Gago lo observó un par de instantes sin saber cómo interpretar lo que acababa de oír y prefirió hablar de otra cosa

—¿Qué tal todo, Diego?

—Acabo de ver a mi hijo. Parece que hoy ha estado más tranquilo.

—Le he subido los calmantes. Los vómitos y todo ese estrés no le benefician nada.

Herráez bajó la cabeza con un leve suspiro.

—Te noto cansado —observó Gago.

—Lo estoy, Bruno, lo estoy. —Hizo una pequeña pausa—.

¿Le vas a poner más quimio?

—El tumor se ha reducido y creo que lo mejor es continuar con ella.

Herráez lo miró girando los ojos hacia arriba, como si una respuesta al comentario que acababa de hacer su compañero no mereciese mayor esfuerzo.

—El tumor se ha reducido —dijo—, pero su salud también, y mucho.

—Bueno, ya sabes cómo es esto.

—Lo sé, pero tú no sabes lo que es ver a tu hijo deteriorarse de esa manera.

Gago lo observó un momento en silencio.

—Creo que puedo comprenderte —dijo—, pero esto es lo que tenemos.

Herráez hizo un gesto de fastidio moviendo la cabeza a un lado.

—A menudo me pregunto si el hecho de tener algo justifica su utilización —dijo—. También tenemos matarratas y...

—¡Diego!

—Lo siento, lo siento —se disculpó Herráez levantando los brazos.

Desde hacía unos meses, Gago venía notando un cambio sutil en la conversación de su amigo, lo que le producía cierta incomodidad.

—No estoy dispuesto a escuchar esas impertinencias que no tienen ningún sentido —dijo—. Lo que hacemos es lo que nos dice la ciencia.

—Esa que emplea millones y millones anuales y parece que siempre estamos en el mismo sitio. ¡Perdón! —Volvió a levantar los brazos.

—Eso no es así y tú lo sabes.

—Lo que yo sé es que esta enfermedad es más frecuente que nunca. Se dice que pronto una de cada tres personas la padecerá. ¿Es este el triunfo de la ciencia?

Gago fue a decir algo, pero Herráez se adelantó.

—Cuando comencé me sentía pletórico, como una especie de héroe, pero han pasado los años y. ., no sé, no me siento satisfecho con lo que hago.

Gago apretó los labios condescendiente.

—Lo que necesitas es descansar —dijo—. Es viernes.

3.

El lunes siguiente, el doctor Herráez recibió la visita de un nuevo paciente. Era un hombre joven, no muy alto, pero bien parecido y con una cabellera negra como el ébano. Su forma de moverse y de hablar, así como la viveza de sus ojos, revelaban una personalidad inquieta. Hacía tres meses que le habían extirpado un tumor de un pulmón.

—Iván —dijo Herráez poniendo un papel ante él—. Vamos a darle unos ciclos de quimioterapia. Tiene que firmar este consentimiento. Si quiere lo puede traer en la próxima cita.

El joven lo cogió y lo miró un poco por arriba.

—La quimioterapia es algo muy fuerte ¿no? —preguntó.

—Bueno, puede producirle algunos efectos secundarios como: vómitos, caída del cabello, dolor en la mandíbula, pies y manos, subida de la tensión arterial, infecciones oportunistas...

—Cogió unas cuantas recetas de un taco que tenía al lado—.

Le daré algo para que tome en caso de que surjan.

El joven continuaba mirando el papel con aire confuso. Tomó las recetas que el médico puso ante él sobre la mesa y se quedó mirándolas también.

—Doctor —comenzó a decir—. Quería preguntarle: ¿hay algo que pueda hacer yo?

Herráez frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a que —titubeó—, a que si hay algo que yo pueda hacer para... para ponerme bien.

—No. Nada —contestó Herráez, tan rápido que hasta él mismo se sorprendió—. Siga una dieta normal, haga ejercicio... Ya sabe.

Iván asintió con la cabeza.

—¿Por qué surge esta enfermedad? —preguntó de repente.

Herráez se quedó parado.

—¡Esa es la pregunta del millón! —exclamó de repente en tono jocoso.

—¿Y las emociones? He leído que las emociones negativas pueden contribuir mucho al bajar las defensas naturales.

—No. —El oncólogo tampoco vaciló ahora en su respuesta—. Si acaso en pacientes esquizofrénicos, pero no. La causa parece ser genética.

4.

Cuando el niño terminó la leche con galletas de la merienda, Diego Herráez retiró la bandeja con la taza vacía y la puso sobre la mesita. Luego, se sentó al borde de la cama y lo ayudó a taparse.

—¿Estaba rica la merienda? —le preguntó.

Su hijo lo miró con ojos somnolientos, ausentes.

—No tenía hambre —dijo sin casi despegar los labios.

—¿Y con la comida tuviste?

El pequeño dio la impresión de estar reuniendo fuerzas para contestar.

—No, tampoco.

Hubo un silencio.

—Papá —comenzó a decir el pequeño.

—Dime, hijo. —Herráez se acercó.

De nuevo, la voz pareció estar acumulándose dentro de él.

—Ese líquido... —dijo al fin—. Ese líquido que me meten por las venas me pone muy mal.

Herráez volvió la cabeza hacia las botellas invertidas que tenía al lado y fue siguiendo con la vista el tubo que salía de ellas hasta terminar en el escuálido brazo del niño.

—Eso es la medicina —dijo, y, casi al mismo tiempo, comenzó a percibir una incómoda sensación de calor en las mejillas.

—Los dedos de la mano me duelen —continuó el niño—, y la boca también.

—¿A ver? —Herráez fue a apartarle la ropa de la cama que lo cubría—. Déjame que te vea las manos, hijo.

El chaval sacó una mano, tan pálida que suponía todo un reto el poder diferenciar su forma sobre las inmaculadas sábanas.

—Ese líquido está luchando contra la enfermedad —dijo el médico a la vez que examinaba la mano entre las suyas—; y en esa batalla se remueven muchas cosas, hijo.

«Ese líquido, ¿está luchando contra la enfermedad, contra su vida o contra ambas cosas?» pensó el médico según presionaba con sus dedos la piel casi translúcida que cubría su brazo.

—No quiero que me pongan más —dijo el niño como si hubiera hecho uso del último soplo de voz que le quedaba.

La mirada de Herráez se clavó, de nuevo, en las botellas invertidas y en el lento, pero incesante, ritmo de las gotas cayendo. Eran algo que lo había acompañado desde el primer día, y se trataba de un remedio que él mismo se había encargado siempre de administrar. Sin embargo, o quizá

por ello, su actitud hacia él había ido cambiando con el transcurso del tiempo.

—El doctor Gago dice que te está haciendo bien —dijo sin embargo—, pero hablaré con él para que te ponga menos ¿vale?

El pequeño hizo una mueca con la boca y cerró los ojos.

—Venga, hijo. —Herráez lo tapó bien con la ropa de la cama—. Intenta dormir un poco.

5.

Los angustiosos cuatro ojos de un matrimonio de edad avanzada escrutaban con atención al Dr. Herráez mientras consultaba una analítica de sangre.

—Tiene las defensas bajas —dijo este sin apartar la vista del papel—, y la tensión está bastante alta. ¿Está tomando lo que le dije?

—Sí, sí —contestó la mujer—. Lo estoy tomando todo.

Herráez repasó un poco más el informe.

—¿Qué tal se ha sentido tras el último ciclo? —preguntó luego paseando la mirada del uno al otro por encima del papel.

—Muy mal —se apresuró el hombre, quizá pensando que sería todo lo que podría decir.

—Sí, muy mal —continuó ella—. He «estao» muy cansada y sin ganas de hacer nada. Mire que yo siempre estoy haciendo cosas, siempre estoy ocupada con esto y con aquello, pero solo tenía ganas de acostarme. Luego los vómitos... He tenido que vomitar yo creo que todos los días y...

—Yo he estado venga a decirle que tiene que salir más y hacer ejercicio, tomar el sol —continuó el hombre—, pero nada, es como si le hablara a una piedra.

Herráez los observó pensativo unos instantes.

—Bueno, comprenda usted que uno de los efectos del tratamiento es el cansancio. Y el sol... Con eso hay que tener mucho cuidado.

—Se pasa casi todo el día en la cama.

El médico asintió con la cabeza.

—¿Se siente deprimida?

—Sí. Muy deprimida —contestó la mujer—. Solo tengo ganas de dormir y...

—¿Deprimida? —la interrumpió su marido—. Es la primera vez que se lo oigo.

Herráez apretó los labios.

—Le voy a dar cita para salud mental —dijo, y llevó una mano hacia unos papeles.

El hombre y la mujer giraron la cabeza el uno hacia el otro.

—¿Para salud mental? —preguntó él.

—Sí. Por lo que me cuenta es posible que esté pasando por un cuadro depresivo y conviene que lo valore el especialista.

Herráez les dio el papel con la citación y otro papel para hacerse una analítica de sangre.

6.

Como acostumbraba hacer todos los días a media mañana, el doctor Herráez salió de su consulta para ir a la cafetería. Al pasar por el pasillo se cruzó con una enfermera vestida con uni-forme de color verde oscuro. Era de baja estatura y con un rostro ancho cruzado por unas gafas de pasta negra.

—¡Cuánta gente hay hoy! —dijo Herráez parándose.

Ella se detuvo también.

—¿Usted cree?... A mí me parece que como todos los días.

—No sé... Desde hace un tiempo vengo notando que está esto cada vez más concurrido.

Por regla general, solía haber bastantes pacientes sentados en el pasillo esperando a ser llamados a la sala de tratamientos, pero Herráez había pasado por allí un sinfín de veces sin apenas reparar en ello. Ahora, en cambio, se sorprendía a sí mismo observando, incluso, el aspecto que tenían algunas de esas personas. Se dio cuenta de las expectativas y esperanzas que tenían puestas en él y sus compañeros, lo que le produjo

una momentánea sensación de vértigo.

Recordó lo que le había preguntado ese nuevo paciente, Iván:

«¿Hay algo que pueda hacer por mí?» Él se había apresurado a negarlo pero, ¿podía ser que solo una acción externa, de supuestos expertos, pudiera ayudarlos? ¿No estarían, por ignorancia, por engaño o por lo que fuera, entregando todo el poder, toda la soberanía con que fueron dotados por la naturaleza, a otros seres humanos que solo se diferencian de ellos en el hecho de haber superado unas pruebas ante unos tribunales?

7.

Como buen amante de las caminatas, en citas previas, Iván se había acercado al hospital por su propio pie pero, en esta

ocasión, había preferido optar por la comodidad de ir en taxi.

De la misma manera, al llegar junto al ascensor se metió en él sin mirar siquiera las escaleras, que eran el medio que antes elegía para subir.

—He estado leyendo acerca de esta enfermedad —dijo una vez sentado frente a Herráez.

El oncólogo estaba examinando el análisis de sangre.

—¿Leyendo?

—Sí. Dicen que tiene más que ver con la epigenética que con la genética.

En una situación similar, en la que un paciente se pone a expresar sus opiniones y puntos de vista, Herráez acostumbraba a interrumpirlo pronto y, si esto no era tan sencillo, apoyaba bien la espalda sobre el respaldo del sillón adoptando una postura erguida y distante. En esta ocasión, en cambio, se mantuvo con los codos apoyados sobre la mesa a la vez que ojeaba el informe e intentó escuchar lo que su paciente decía.

—Ya sabe —prosiguió este—. La capacidad del entorno, del medio ambiente, para influir en qué genes se expresan y cuáles no.

Herráez sonrió.

—Epigenética, ya.

—También he leído sobre la importancia de mantener un pH equilibrado o algo alcalino —continuó el joven—, ya que las enfermedades parece que

surgen cuando el cuerpo se acidifica.

—Hay muchas teorías. Bueno, dejemos eso por el momento —lo interrumpió, ahora sí, a la vez que dejaba el informe a un lado—. Dígame, ¿qué tal se encuentra después del tercer ciclo?

El joven suspiró.

—Cansado. Me encuentro muy cansado.

—Sí, eso es muy común. ¿Ha notado alguna otra cosa?

—Sí, dolor en los pies, en las manos, la mandíbula...

—Bueno, todo eso entra dentro de lo normal. ¿Está tomando lo que le dije?

Iván esperó un poco antes de contestar y, de nuevo, suspiró .

—Sí. Lo estoy tomando.

Herráez cogió la hoja de citas del paciente.

—Bien —dijo—. Le voy a dar hora y día para el próximo ciclo.

8.

—Me parece que no deberíamos hacerlo todo por el paciente —dijo Herráez a la vez que dejaba la taza de café sobre la mesa de mármol.

Como muchas mañanas, había visto a Gago solo en la cafetería y se había sentado junto a él.

—Si ellos hacen algo —continuó Herráez—, si sienten que pueden hacer algo por sí mismos, creo que eso solo puede ser bueno para ellos.

Las cejas de Gago se arquearon.

—¿Hacer algo por sí mismos? ¿Los pacientes oncológicos?

El énfasis que puso en su expresión hacía que llevarle la contraria debiese ser, casi, un acto de heroicidad.

—Sí —contestó Herráez sin cortarse, pues ya hacía tiempo que había pensado en hablarle de esto y llegado a la determinación de defender, esta vez sí, su propia postura cuando llegara el momento—. Independientemente del trastorno o enfermedad, que la persona sienta que tiene control, que puede hacer algo, lo beneficiará, psicológicamente

al menos.

—Lo que beneficia psicológicamente al paciente es saberse atendido por profesionales que basan sus actuaciones en la ciencia.

Gago hizo una pausa como esperando que su interlocutor captase bien la importancia de lo que acababa de decir.

—El paciente puede hacer algo si tiene obesidad —continuó—, el colesterol alto o incluso una diabetes, pero ¡Diego, por favor! no puede hacer nada frente a una mutación genética.

—La mutación genética puede tener una causa fisiológica, como apuntaron Otto Warbug y otr...

—¡Otto Warbug...! —exclamó Gago en un tono adornado de desprecio—. Hacía siglos que no oía ese nombre. ¡Pero si Otto Warbug desapareció con los dinosaurios, hombre!

Hizo otra pequeña pausa para medir el impacto de esas palabras en su amigo.

—Mira, Diego —continuó—; estamos en el siglo XXI. No podemos mirar atrás. Si hacemos lo que hacemos es porque la ciencia dice que ahora no hay nada más.

Hacía tiempo que Herráez había pensado en contar el número de veces que Bruno Gago mencionaba a la ciencia cada vez que hablaban. Siempre le había parecido que echaba mano de ella con demasiada facilidad, como si al hablar en su nombre evadiera el esfuerzo y la responsabilidad que suponía dar respuestas más personales y elaboradas.

9.

Diego Herráez siempre había pensado en la importancia de existir una estructura de normas que facilitara la convivencia en sociedad, y el hecho de observarlas llenaba dentro de él la necesidad que sentía de pertenecer a un grupo, el legal.

Ahora, tras el volante de su coche, acababa de saltarse un semáforo en rojo y el cuentakilómetros del salpicadero mostraba una velocidad superior a la permitida, claro que eran las cuatro de la mañana pero, aún así, no dejaba de ser algo inusual en él.

Quince minutos antes, una llamada de Bruno Gago lo había arrancado de la cama. Su hijo había sido trasladado a la unidad de vigilancia intensiva

debido a una infección.

Herráez sabía que esto podía pasar, que había pasado muchas veces. Era, según le habían enseñado, y él mismo se había encargado de difundir, un riesgo que era preciso asumir.

Un poco más tarde, llegaba a la habitación que su amigo le había indicado. Sentados junto a la cama del niño estaban Bruno Gago y una enfermera quienes, al verlo entrar, se pusie-ron en pie.

—¿Qué tal está? —preguntó Herráez yendo raudo hacia la cama del niño.

Lo primero que solía hacer al entrar en la habitación donde se hallaba su hijo era darle un beso, pero ahora vio, con dolor, que el panorama era muy diferente y que no podría satisfacer su deseo, ya que el pequeño tenía puesta una máscara de oxígeno que le tapaba casi toda la cara, y varios cables salían de su pecho y parte superior de la cabeza.

—Hace un rato tenía 42 de fiebre y su ritmo cardíaco era de 150. —La grave voz de Gago lo pareció aún más—. Se ha estabilizado algo.

—¿Le has puesto antibióticos?

—Sí, claro.

Herráez bajó la cabeza y se llevó una mano a la frente.

—Quimioterapia, antipiréticos, ansiolíticos, antibióticos... ¡No necesita comer ni beber con todo eso!

—¡Coño, Diego! —lo amonestó Gago—. ¿Y qué quieres que haga?

—Lo siento. —Herráez se llevo, de nuevo, una mano a la frente.

Gago metió una de las suyas, en el bolsillo de su pantalón.

—Tiene una infección por neumococo —dijo gesticulando con la otra—. ¿Qué esperabas que le diera?

Se acercó a su compañero poniéndole la mano que gesticu-laba sobre un brazo.

—Cálmate, Diego. —Su voz sonó mucho más afable—.

Vamos ahí fuera un momento.

Los dos hombres se dieron la vuelta.

—Ahora venimos —dijo Gago volviéndose un poco hacia la enfermera.

Salieron de la habitación y cerraron la puerta tras ellos.

—Creo que puedo saber cómo te sientes —comenzó a decir el director médico—, pero tienes que controlarte y conservar la calma.

Herráez permanecía con la cabeza baja y oyó un sonoro suspiro de su compañero al lado.

—Creo... creo que no hace falta que te diga mucho —dijo Gago nervioso.

—El sistema inmune —dijo Herráez como hablando con-sigo mismo.

—¿Qué?

—No se puede suprimir el sistema inmune, y eso es lo que hace la quimioterapia.

—La quimioterapia ha reducido mucho el tumor.

Herráez levantó la cabeza mirándolo directamente a los ojos.

—Mi hijo es algo más que un tumor —le espetó—. Cualquier persona es más que un tumor.

El otro fue a decir algo, pero Herráez se anticipó.

—Estoy convencido de que es un error tratar a estos enfermos como si no fueran más que un tumor. Son un sistema orgánico, una mente, unas emociones...

—Ya, pero...

—¿De qué sirve reducir o eliminar un tumor si la persona fallece? ¿Es eso un éxito?

Gago pareció pensar su respuesta.

—Es lo que tenemos —dijo, sin embargo—. Es la ciencia.

10.

Cuando Iván se sentó, una vez más, en la silla frente a Herráez, estaba más pálido, algo que se veía acentuado por el color oscuro del gorro que

ahora cubría su cabeza.

El oncólogo, también más pálido y con ojeras que anuncia-ban falta de descanso, tras mirar la analítica de sangre y hacer los formalismos acostumbrados, cogió la hoja de citaciones y se puso a escribir la fecha para el próximo tratamiento.

—Sigo leyendo cosas sobre esta enfermedad —dijo el joven con voz apagada.

—¿Qué está leyendo?

—Cosas como que solemos consumir demasiado azúcar, y que el azúcar es el mejor alimento para las células cancerosas.

El médico levantó la cabeza y le puso la hoja de citaciones ante él sobre la mesa.

—Todo lo que comemos se vuelve glucosa —dijo.

Hubo un silencio.

—También he leído que la quimioterapia es cancerígena —continuó el joven—. Si es así, ¿por qué se utiliza para tratar el cáncer?

No pocas veces, Herráez se había preguntado esto mismo sin hallar una respuesta que lo satisficiera. Dar este tratamiento a sus pacientes es lo que le habían enseñado en sus largos años de estudio y lo que había estado aplicando hasta ahora. Sin embargo, lo que en un principio había sido para él un valioso arma para luchar contra uno de los mayores enemigos del hombre, con el paso del tiempo se había ido tornando en su interior como algo ambiguo y confuso sobre lo que no cabía sino mantener una actitud muy crítica. Actitud que lo fue alejando de la romántica idea de percibirse a sí mismo como un benefactor, para convertirse en la más prosaica de ser un simple y humilde dispensador de quimioterapia.

—Es lo que tenemos. —Fue su respuesta, y hubiera rematado con: «es la ciencia», como solía hacer, pero cada vez recurría menos a este añadido, sobre todo por estar harto de oírlo tan a menudo en boca de Bruno Gago.

Iván bajó la cabeza, y no pudo ver cómo dos tenues franjas de color carmesí asomaban en las mejillas del médico.

—¿Qué libros son esos que lee? —preguntó Herráez y, al mismo tiempo, se dio cuenta de que era la primera vez que mostraba interés por algo que hacía uno de sus pacientes—. ¿Me puede dar algún título?

—¡Claro que sí!

Herráez le puso delante un pequeño papel con un bolígrafo, y el joven escribió los títulos de dos libros con mano temblorosa.

—Gracias. —El médico cogió el papel.

—Creo que quiero dejar la quimioterapia —dijo Iván de repente.

Herráez levantó la vista algo sorprendido.

—No debería dejarla así, a medias —dijo—. Es un proceso, un proceso que no ha terminado...

—Sí, lo sé, pero... algo me dice que es mejor que la deje.

—Bueno, pero ya sabe a lo que se expone. La enfermedad se puede extender a otros lugares. —Herráez observó, como había pasado en alguna otra ocasión en la que se le había presentado un caso parecido, que las palabras parecían surgir de sus labios solas, sin su participación.

Iván se restregó las manos, nervioso, y movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué haría usted si se tratara de un hijo suyo? —preguntó.

El rostro del médico adquirió la apariencia de un trozo de granito.

—Mi hijo está ingresado en este hospital —dijo—. Tiene un tumor cerebral.

—Ah, lo siento. —El joven bajó la cabeza, afectado.

—Le hemos estado administrando quimioterapia.

—¿Y qué... qué tal está?

Al oír esto, esa especie de escisión que de forma vaga parecía dividirlo en dos, se le reveló a Herráez, por un momento, con la solidez de un puñetazo.

—Bueno, le está pasando lo mismo que a usted y a tantos otros —dijo a la vez que bajaba la vista—. Los efectos secundarios. Este es el mayor inconveniente, pero el protocolo considera que pesan más los beneficios que los riesgos.

Hubo un silencio.

—Bueno, Iván, usted verá. —La voz del médico sonó ahora menos persuasiva.

El joven se quedó pensativo durante unos instantes.

—Sí, sí. Quiero dejarla.

Herráez, decidido a no interponerse más en lo que fuera que su paciente deseara hacer, lo examinó unos momentos sin decir nada.

—Está bien —dijo luego, a la vez que estiraba un brazo hacia un lado—. En ese caso, tiene que firmar el documento de renuncia. Aquí tiene; lo puede firmar ahora o me lo trae en otro momento.

11.

Todos los días, nada más terminar la consulta, lo primero que Herráez hacía era ir a ver a su hijo. Le gustaba entrar en la habitación y verla lo menos concurrida posible para poder estar a solas con él o que solo hubiera una enfermera acompañándolo.

Gago solía acercarse por allí con frecuencia, pero Herráez creía que vivía estas situaciones con demasiado oficio, como considerándolas resultado de una evolución normal, una rutina, por lo que intentaba no encontrarse con él. Por su parte, Gago, desde que se dio cuenta de la actitud que había tomado su amigo, se comportaba de igual manera.

El chaval continuaba conectado a un sinfín de aparatos y, al estar sedado, era raro verlo despierto.

A menudo, Herráez le decía a la enfermera que deseaba estar a solas con su hijo y, entonces, acercaba la silla a su cama, se sentaba y, tomando entre las suyas la mano del pequeño, se quedaba con la vista perdida en el suelo durante largo rato.

Un día, cuando venía de ver a su hijo, Herráez entró en la sala de tratamientos. Allí, con la cabeza pelada y sudorosa, vio a Iván, el paciente que para sus adentros llamaba «el especial».

Estaba recostado en un asiento de forma alargada con un brazo estirado hacia un lado y conectado a un fino tubo de plástico.

Unos días antes, se había presentado en su consulta con el papel de renuncia al tratamiento sin firmar. «No me atrevo» le había dicho con

mirada huidiza y pesar en la voz.

Herráez recordaba sus propias palabras la última vez que el joven había estado en la consulta y, hasta cierto punto, había temido que retornara a él disuadido de transitar por el sendero que su intuición le había abierto pues, en el fondo de su corazón, le hubiera gustado dar alas a su paciente «especial» para que hiciese lo que le indicaba su voz interior.

Estaba dándose cuenta de que sus decisiones y su proceder no dependían tanto de su libre albedrío sino que, más bien, parecían tener su origen en una especie de patrón forjado a lo largo del tiempo con acciones repetidas, mecánicas.

.....

Durante las dos semanas que pasaron desde que lo vio en la sala de tratamientos, y por primera vez en lo que llevaba de ejercicio, diversas imágenes del joven habían aflorado en su cabeza. Eran una especie de instantáneas que recogían distintos momentos del proceso de tratamiento que había llevado.

Aparecían como una secuencia cronológica que, al terminar, al pasar la última, tenía el efecto de desencadenarle un gran des-asosiego, sentimiento que había ido en aumento hasta que llegó el día en que el joven tenía nueva cita.

—Hay alguien que no ha venido —dijo Herráez a la vez que el último paciente salía por la puerta de la consulta.

Sentada a su lado, la enfermera, una mujer entrada en años y en carnes, levantó la cabeza de lo que estaba haciendo.

—¿Quién no ha venido?

—Iván Aguado.

La asistente hizo un gesto de extrañeza, pues era ella la encargada de supervisar la lista de pacientes, y consultó la agenda del día.

—Sí —dijo—. Iván Aguado no ha venido.

Herráez apretó los labios.

—Contacte con él y llámeme tan pronto sepa algo.

—Está bien, doctor.

Herráez se puso en pie y salió al pasillo.

.....

Tras pasar un cuarto de hora junto a su hijo, Diego Herráez se dirigió a la cafetería. Apenas tenía apetito, por lo que pidió una comida ligera.

Tan solo había dado un par de bocados, cuando su móvil sonó.

—¿Sí?

—¿Doctor Herráez?

—Sí. —Reconoció enseguida la voz de su enfermera—. Dígame, Marta.

—Hola, doctor. Verá, acabo de hablar con la madre de Iván Aguado, el paciente que no acudió hoy a su cita. —Hizo una pequeña pausa—. Me dijo que... que su hijo había muerto hace unos días.

Herráez notó algo similar a un caldero de agua gélida despa-rramándose sobre su cabeza y resto del cuerpo.

—Siento haber tenido que darle esta noticia —continuó la asistente.

—No —dijo Herráez cuando pudo reaccionar—. No se preocupe. Gracias.

—No hay de qué. A su disposición.

Herráez dejó el móvil sobre la mesa y se quedó con la cabeza baja, como si estuviera comprobando que la pechuga de pollo y las patatas fritas estaban bien hechos, aunque lo cierto era que, si había comenzado a comer sin apetito, ahora ni siquiera veía lo que tenía delante.

Toda la ansiedad que había hecho presa en él durante los últimos días se había esfumado, pero dejó un vacío tan grande que sintió que con ella se había ido, también, toda su energía.

12.

Cuando, avanzada la tarde, Diego Herráez llegó a su casa, cogió una lata de cerveza del refrigerador y se desplomó en el sofá del salón con la mirada perdida en el suelo.

Al poco de estar así, entre las líneas rectas que formaban las baldosas, como en un papel fotográfico en la cubeta de revelado, se fue perfilando una imagen. Era la última que había hecho acto de presencia en la secuencia que se venía repitiendo en la pantalla de su mente. La última y

la que la cerraba: la del joven Iván inmóvil en su ataúd.

¿Cuántas veces con anterioridad había sido testigo ciego, indiferente, de este proceso? ¿Por qué ahora se le revelaba con tal precisión y nitidez? Entonces, de las profundidades no iluminadas de su mente fue emergiendo lo que parecía ser una respuesta y, al mismo tiempo, su rostro comenzó a tornarse pálido, sombrío, y tuvo la impresión de que el sillón en el que estaba lo estrechaba entre sus poderosos brazos hasta casi asfixiarlo. Sintió que se quedaría así el resto de su vida, ya que nada valdría tanto la pena como para decidirlo a levantarse.

Había seguido con fidelidad las directrices de sus mentores y había consagrado su vida a luchar contra esta enfermedad pero, ahora, sin embargo, una parte de sí mismo que parecía ir creciendo sin parar, le estaba mostrando con claridad que algo no funcionaba bien, que nunca lo había hecho... ¿Por qué no había reparado en todo esto con anterioridad?

Los ojos de Herráez se entreabrieron un poco comenzando a enviar luz a su cerebro, pero estaba demasiado confuso, como siempre le pasaba cuando se dormía a horas extrañas, y no pudo dar ningún sentido a lo que veía. A pesar de ello, como brotes tiernos que hubieran germinado al calor de sus largas horas de sueño, de sus labios surgieron dos palabras.

—Hijo mío.

Giró la cabeza de un lado a otro y terminó por reconocer el salón de su casa y la butaca sobre la que estaba. Luego, se fue dando cuenta de que había llegado a casa y se había sentado con una cerveza en la mano, pero no recordaba que se había entre-gado a los dulces brazos del sueño repitiendo para sus adentros, sin cesar, como si fuera una especie de mantra hindú: «¿Por qué no había reparado en todo esto con anterioridad?»

—Hijo mío —musitó otra vez, casi sin despegar los labios.

Con un movimiento rápido de la cabeza, echó un vistazo a su reloj. Aún faltaban casi tres horas para que comenzase su jornada de trabajo, pero se levantó y fue hacia la puerta.

.....

Las luces blancas de las farolas y las multicolor de los semáforos esparcían su mezcla lumínica pintando con tonos irreales la calzada y el coche que la cruzaba.

Diego Herráez, tras el volante, también esta vez conducía a mayor velocidad de la permitida aunque, sin ser consciente de ello, cada vez se

fijaba menos en lo que marcaba el cuentakilómetros.

Minutos más tarde, entró en la habitación de su hijo y, como tenía costumbre, le dio un beso allí donde pudo; acercó la silla a la cama y le cogió la mano. La enfermera que lo había estado acompañando, esta vez sin que le dijera nada, salió al pasillo.

El dedo pulgar del médico, casi sin que su dueño se lo ordenara, fue hacia la muñeca del pequeño intentando encontrar su pulso cardíaco y, tras indagar por lo que parecían interminables capas de piel, pudo percibir el débil y perezoso ritmo. Durante unos segundos se mantuvo muy atento, sin mover un solo músculo; luego, dejó la mano del niño sobre la cama y su propio cuerpo fue curvándose hacia adelante, como si en ese momento hubiera decidido introducirse bajo la tierra para siempre.

Él, el médico que en su interior albergaba la intención de hacer un bien a la Humanidad, era incapaz de salvar la vida de su propio hijo, de cumplir la promesa que de forma solemne había hecho ante el cuerpo sin vida de su madre. Él, el doctor Diego Herráez, no era sino un trozo de materia, un cuerpo impotente que, rendido hacia adelante, parecía ser la perfecta imagen de la derrota por aquel enemigo que siempre tuvo la esperanza de vencer. Él, que...

En ese momento, le pareció oír algo, aunque no sabía si había sido dentro de su cabeza o fuera de ella. Prestó atención a su alrededor, pero solo pudo oír un ligero sonido metálico que se repetía sin cesar, y se desentendió de nuevo.

—Papá.

Ahora oyó la voz con mayor claridad. Se irguió y se acercó.

—Dime, hijo.

El pequeño estaba bocarriba, con los ojos cerrados y los labios pegados.

—Estoy aquí, hijo, dime —repitió con toda su atención puesta en esos labios secos, pegados, como implorando que se separaran y dijeran algo.

Alguien debió escucharlo.

—Papá —dijo el niño—. ¿Me voy a morir?

El médico apretó los puños con tanta fuerza que alguna de sus uñas se le clavaron en las palmas de las manos.

—No, hijo mío. No te vas a morir. Duérmete. —Como la voz comenzó a quebrársele, volvió a inclinarse hacia adelante para disimularlo, y unas

finas gotas saladas, de forma apresurada, comenzaron a resbalar por sus mejillas.

13.

Aún no se veía ninguna claridad al otro lado de las ventanas, cuando Herráez cruzó el ancho y solitario pasillo. Tenía la sensación de que, en realidad, no iba a ninguna parte, que levantar cada pie y colocarlo un poco más adelante ni merecía la pena ni tenía sentido.

Mirando al suelo con semblante serio, notó que la tibieza que le había producido el contacto con la mano de su hijo había desaparecido, algo que, sin poder evitarlo, le evocó el fatal desenlace.

Llegó junto a la puerta de su consulta y se metió dentro.

Al ver la mesa y el sillón junto a los que había pasado buena parte de su vida, esa sensación de inutilidad que lo había embargado poco antes se hizo aún más grande. Al otro lado de la mesa estaban las dos sillas para los pacientes y, sin pretenderlo, por su mente comenzaron a desfilar imágenes de rostros desdibujados, de cuerpos que se sentaban y se levantaban sin parar, de nombres, de palabras, de emociones... En algún momento, esos rostros adquirirían un perfil más nítido, lo que permitía ver sus gestos unas veces angustiados, otras tristes, otras anhelantes y esperanzados pero, él, ahora se daba cuenta, sentado frente a ellos y fiel a lo que le habían enseñado y a su cargo, no había hecho sino mover los brazos de un lado a otro de la mesa como una marioneta incapaz de hacer una parada que pudiera dar origen a un movimiento o pensamiento distinto, original.

Estaba muy confuso y se dejó caer en el sillón. Apoyó los codos sobre la mesa y, colocando la cabeza entre las manos, intentó enfocar su mente en el intento de recordar el motivo que lo había llevado hasta allí. Una tupida red tejida de dolorosas sensaciones parecía haber taponado su pasado más reciente, pero una débil voz logró asomar por un rincón haciéndose cada vez más patente en su cabeza. Esa voz lo había llamado, y él había acudido, pero solo para estar allí, como un patético muñeco desprovisto de pies y manos al que no le resta sino pre-senciar cómo la llama de la vida de quien más ama se va consumiéndose, apagando, sin cesar.

Se había dejado caer hacia adelante retorcido de dolor y, ante la imperiosa necesidad de mitigarlo, había escudriñado hasta el último recoveco de su memoria en busca de cualquier posibilidad, por remota que fuera, de hacer algo por su hijo y por él mismo. Había sido entonces cuando, en medio de esa maraña, la imagen de un papel había ido tomando forma. Un pequeño papel con el título de dos libros.

Varias veces había hecho amagos de levantarse para ir a su consulta en busca de la nota, pero la imagen del joven cuando se presentó ante él diciendo que no se atrevía a dejar el tratamiento parecía agarrarlo por detrás y atraerlo inexorablemente sobre su asiento cada vez. Con todo, era tan grande su deseo de hacer algo, de romper por algún lado ese sentimiento de impotencia que lo consumía, que terminó por establecer un pacto con el joven desaparecido. Como en una especie de rezo, algo similar a lo que había hecho ante el cadáver de su esposa, se dirigió a él prometiéndole que si se permitía ponerse en pie para ir a buscar la nota renunciaría a su cargo en el hospital. Fue entonces cuando, al intentar levantarse una vez más, percibió que su cuerpo se había hecho mucho más liviano, pudiendo, al fin, abandonar la silla.

Herráez liberó la cabeza de esas manos suyas que parecían estar exprimiéndola, dejó caer los brazos hacia adelante sobre la mesa de su consulta y miró alrededor. Se levantó con dificultad y fue hacia un archivador que se encontraba tras él. Abrió uno de los cajones, que estaba lleno de sobres apilados, e indagó entre ellos. Abrió otro cajón, buscó entre las cosas que contenía y vio un pequeño papel doblado en dos. En él, escritos con letra irregular, temblorosa, estaban los dos títulos anotados por Iván.

Comenzaban a oírse algunos ruidos y voces por el pasillo, mientras, al otro lado de la ventana, el cielo comenzaba a clarear.

14.

Esa misma tarde, Herráez se acercó a la biblioteca, pero como allí no constaban esos libros, los pidió por Internet. Ambos títulos habían sido editados en Estados Unidos y escritos en inglés, algo que le sirvió para refrescar su conocimiento del idioma.

Se sumergió tanto en los dos volúmenes, que en unas pocas tardes ya los había leído y releído. Al mismo tiempo, comenzó a ampliar esa información a través de lecturas y foros de la web.

En un primer momento, aunque muchas cosas de las que leía resonaban bien dentro de él, la mayor parte de ellas le producía rechazo. Sin embargo, cuantas más horas pasaba sumergido en estas lecturas, y haciendo un esfuerzo deliberado por relajar las rígidas tenazas que lo mantenían sujeto a sus conocimientos previos, las partes no asimiladas en un principio fueron conquistando más terreno en su entendimiento pero, sobre todo, en su corazón.

Cuando creyó reunir la información y aptitud suficientes, y empujado por su convencimiento de que no quedaba otra opción, decidió que había

llegado el momento de aplicarlas a su hijo.

15.

—Lo siento, Diego, pero como director de la unidad de oncología médica de este hospital, no puedo permitir que te saltes el protocolo para aplicar ciertas cosas a uno de sus pacientes.

Herráez, nada más terminar en la consulta, se había presentado en la oficina de Gago. Sabía cómo iba a reaccionar al conocer sus planes, pero abrigaba una pequeña esperanza de poder esquivar su inflexibilidad.

—No hay nada que perder —le respondió sentado frente a él—. Bien sabes que no hay otra opción.

—¿Opción? ¿Llamas a eso una opción? —Gago se puso en pie y apoyó los nudillos de las manos sobre la mesa—. ¿iDesde cuándo una pseudociencia es una opción!?

—Hay muchas cosas ahí fuera que no tenemos en cuenta para nada. Piensa en la medicina tradicional china, por ejemplo. Tiene miles de años de historia, al contrario de la nuestra.

Gago se irguió metiendo una mano en el bolsillo de su pantalón, gesto que Herráez conocía bien, ya que solía anunciar la adopción de su postura más hermética.

—Escucha, Diego —dijo—. Mi historia, mi credo, y lo mismo debería ser para ti, es la ciencia. Si no hay ciencia ¿qué es lo que hay?

—Hay evidencias, estudios alternativos, testimonios...

—iPseudociencia y charlatanería! —exclamó—. No me que-rrás decir que crees en todo eso.

—No hay nada que perder.

—iHay mucho que perder! —exclamó Gago inclinándose hacia adelante y apoyando, de nuevo, las manos sobre la mesa—. Por encima de mí, de ti, de todos nosotros, hay mucha gente, hay unas reglas, y nuestra labor es obedecerlas. ¿Qué pasaría si llega hasta sus oídos que en mi unidad estamos tratando a un paciente con charlatanerías pseudo científicas?

—Se trata de mi hijo, Bruno.

Gago suspiró llevándose una mano a la frente.

—Por favor, Diego, no me lo pongas más difícil —dijo bajando el tono de voz, haciendo un esfuerzo por mantener la calma—. No podemos correr ese riesgo. Lo siento, pero no insistas.

Herráez clavó sus ojos en los de él durante unos instantes y, luego, con calma y sin apartarlos, se puso en pie.

—Me llevo a mi hijo —espetó.

—Pero...

—Me llevo a mi hijo —repitió Herráez con firmeza y se dio la vuelta.

Gago lo observó según se alejaba hacia la puerta.

—¡Ya sabes lo que le puede pasar si le das eso! —exclamó a sus espaldas, pero Herráez continuó hacia la salida como si no hubiera oído nada, o quizá nada había oído en realidad.

—¡Además! —prosiguió el otro—. ¡Si lo haces puedes perder tu puesto o la licencia!

En esta ocasión, Herráez se detuvo y, dándose la vuelta, lo repasó con la mirada de arriba a abajo.

—No te molestes —dijo—. Ya he renunciado a mi cargo.

Sorprendido y sin saber qué decir, Gago solo pudo observarlo según se alejaba y se perdía al otro lado de la puerta.

16.

Cuando, dos días después, una ambulancia llegó con el niño a su casa, Herráez ya había contratado a una enfermera para que lo ayudara, y ya había recibido del extranjero los elementos que componían parte del tratamiento, que consistía en suplementos, hierbas y alimentos poco comunes. El resto del procedimiento estaba basado en una alimentación sana y regeneradora que ayudara a mejorar su sistema inmunitario y a fortalecer todo su cuerpo en general.

El pequeño continuaba en su cama conectado a varios tubos, y una máscara de oxígeno cubría gran parte de su cara. Herráez intentó aprovechar esos tubos como vía por donde introducir en la sangre del niño algunas de las sustancias, y cuando esto no era posible, se las administraba por la boca e, incluso, en forma de supositorio.

Se alegraba mucho de haber tomado la decisión de traer a su hijo a casa. Así era más fácil estar junto a él, acariciarlo, besarlo, hablarle... También

le ponía, durante buena parte del día y como música de fondo, las canciones que sabía le gustaban.

Aparte de las labores del tratamiento y cuidados del niño, una generosa porción del tiempo de cada día lo ocupaba Herráez en ampliar información acerca de esos medios menos convencionales de afrontar la salud y la enfermedad, ya fuera sentado frente al ordenador o leyendo voluminosos libros.

Se sentía muy identificado con algunas ideas y conceptos que apenas habían formado parte del programa de estudios de la carrera, si es que habían formado parte en absoluto. Una de las que más le gustaba era la de fortalecer la salud en lugar de combatir la enfermedad como hace la medicina convencional.

Otra, relacionada con la anterior, había sido enunciada por Hipócrates, el considerado padre de la Medicina Moderna, hace 2500 años: «Que tu alimento sea tu medicina, y que tu medicina sea tu alimento».

Ahora que había adoptado esta actitud más crítica, se cuestionaba muchas cosas antes de abrirles las puertas de su conocimiento como algo lógico, plausible o válido. «¿Cómo podía ser que durante toda la carrera de medicina apenas se toque el tema de la alimentación teniendo en cuenta lo que dijo el padre de esta disciplina?» se preguntaba y, al hacerlo, estaba convencido de que este proceder solo podía acercarle más a la verdad, que era mucho más científico que la obediencia ciega a unas normas y protocolos inamovibles aprendidos en los años de universidad.

Sí, tenía la sensación de hallarse en el buen camino, de que todo este descubrimiento reciente era lo que desde un principio hubiera deseado aprender y a lo que le hubiera gustado dedicar su atención, su dedicación y su vida.

17.

Unos meses después, una tarde bañada en los ocres y grises de noviembre, un hombre entrado en años y poblada barba en blanco y negro, ataviado con un abrigo oscuro y una gorra del mismo color cubriendo su cabeza, paseaba por un parque poco transitado.

Buscando la paz que no encontraba en su quehacer diario, a Bruno Gago le gustaba, de vez en cuando, hacerlo. Según caminaba, le pareció reconocer a alguien sentado en un banco al otro lado del paseo. Continuó su lento caminar, pero volviendo cada poco la cabeza hacia al í hasta que pudo distinguir que era un hombre. Unos pasos más adelante se dio cuenta de que era Diego Herráez y se detuvo. Herráez, sentado en el banco, miraba al suelo con aire pensativo. En ese momento, levantó la cabeza y no tardó en cerciorarse de la presencia de alguien observándolo

un trecho ante él. Reconoció enseguida al hombre que había sido no solo su compañero, sino también su amigo, y los dos se quedaron mirando. Entonces, Gago levantó un poco los hombros e hizo un expresivo gesto ladeando la cabeza. Luego, reanudó su paseo.

—¡Papá! —Se oyó un grito.

Gago giró la cabeza, vio a un niño corriendo y se detuvo otra vez.

—¡Papá! —volvió a gritar el chaval al llegar junto al banco en el que estaba Herráez—. ¡Mira lo que he encontrado!

Herráez fue a cogerle la mano para mirar lo que tenía.

—¿A ver? ¿Qué has encontrado?

—Estaba allí. —El niño levantó un brazo señalando tras él.

—¡Ah, sí! No lo pierdas, hijo.

Sin soltar la mano del pequeño, Herráez se puso en pie y volvió la cabeza dirigiendo una corta mirada al hombre del abrigo negro y cara de asombro que los observaba desde allí.

—¡Ala! ¡Vámonos! —dijo Herráez y, ambos, padre e hijo, se dieron la vuelta.

El hombre del abrigo negro, que de inmóvil parecía más un árbol del parque que el director de la unidad de oncología, los observó según se alejaban.

18.

Diego Herráez venía sintiendo curiosidad por la familia de Iván, por lo que un día se llegó hasta su casa. Estaba ubicada en un barrio de la periferia, en un bloque de edificios bastante viejo. Pensó que era cuanto quería saber y se marchó.

Al día siguiente, tras buscar los datos que necesitaba, fue hasta una oficina de Correos. Desde allí, y sabiendo que nada podía reemplazar a un hijo muerto, envió un giro anónimo con una generosa suma a la familia de Iván.

19.

Al irse oscureciendo el cielo, dos sombras, una más alta que la otra, avanzaban por un carril rodeado de cipreses. Giraron hacia un lado y se detuvieron junto a una tumba, cuya lápida, iluminada por un rayo de luz

que parecía reacio a desaparecer, destacaba sobre el entorno. Permanecieron en silencio y con la cabeza inclinada hacia adelante, durante un minuto. Luego, Herráez posó una mano sobre el hombro del niño.

—Hijo —comenzó a decir—. Esta es la tumba en la que yace el hombre que te salvó la vida y quizá también la mía.

El niño dio un paso hacia adelante, se inclinó y puso sobre la sepultura un manojo de claveles. Luego, se irguió de nuevo.

—Gracias, Iván —dijo—. Descansa en paz.

El niño giró la cabeza hacia su padre y este hizo un pequeño gesto de aprobación.

—Querido Iván —comenzó Herráez con voz grave—. Te pido perdón por no haber sabido acompañarte por donde deseabas. Mi hijo y yo viviremos dando pasos por ese sendero de libertad y de verdad que tuviste la sabiduría y el coraje de mostrarnos. En nombre de mi esposa y en el mío propio, gracias.

Herráez tomó al niño de la mano.

—Descansa en paz —concluyó, y ambos se dieron la vuelta alejándose de allí.

Bajo la luz cálida de alguna que otra farola, padre e hijo se dirigieron, en silencio, hacia la puerta de salida.

FIN.